

MAURICIO BERGSTEIN

Diccionario del viajero



SUDAMERICANA



Mauricio Bergstein

Diccionario del viajero

Sudamericana

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleeruy



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Jonás

Diccionario, que no acierta nunca

JORGE LUIS BORGES

Introducción

En 1969, cuando yo tenía 7 años, mis padres emprendieron un viaje hacia Europa: compraron un auto en Estocolmo y lo vendieron, tres meses después, en Atenas. Temeroso que nunca más fuesen a volver —¿qué sabe un niño lo que significan tres meses?—, minutos antes de la partida, les escribí una cartita. Más bien una esquila demolidora:

Queridos papá y mamá:

Ustedes se van pero aquí se quedan Miriam, Mauricio y Jonás... No lo olviden.

¡Imaginen recibir una carta de su hijo —y de ese tenor— en el preciso momento en que están próximos a embarcar en el avión!

Regresaron una tarde soleada de setiembre. Imposible olvidarlo. En la terraza, con la que entonces contaba el aeropuerto de Carrasco, apretujado entre el centenar de personas que también habían acudido a presenciar el regreso de sus queridos, se entreabrió un hueco de visibilidad por el que vi asomar a mi padre en la escalerilla de Pan Am. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Todos en aquel balcón gritábamos: «¡estoy acá, papá, estoy acá!».

Ese día los amigos se congregaron en la vieja casona de la calle Francisco Llambí; querían saber qué les había pasado durante los tres meses de ausencia. Mis padres contaban sus historias, una tras otra. Mis hermanos y yo oíamos fascinados las aventuras allende los mares, en otro lugar inconmensurablemente lejano. Cada relato era un as en la manga, a cuál más mágico. Los veías eufóricos, locos de la vida, corrigiéndose los pormenores de las aventuras vividas. ¿Qué

es lo que hay en esos otros lugares?, me preguntaba. Entonces, de pronto, me di cuenta. El misterio se había develado: la felicidad está en otra parte.

Después de cuarenta y cinco años de espera, los relatos de este *Diccionario* vienen a continuar lo que mis padres recordaban aquel día de setiembre de 1969. En ese tiempo pasé de espectador y escuchador a protagonista y caminante. Este libro es una forma de perpetuar aquella tarde maravillosa.

Este *Diccionario* recoge historias dispersas. El lector se encontrará con ecos de libros anteriores, pero también con narraciones que por una razón u otra no alcanzaron a formar parte de aquellos volúmenes. Por eso, es su natural prolongación; expanden las narraciones de travesías pasadas. Todas conforman un solo periplo.

Pero aquí también se rememoran historias de otros viajeros que el tiempo convirtió en propias. Son historias que les han sucedido a otros pero que, a fuerza de revivirlas tantas veces y repetirlas durante tantos años, se incorporaron al caudal de mis «propios» viajes. Ya no sabría decir quiénes o dónde me las contaron. Y a la inversa: supongo que muchos viajeros recordarán mis relatos contados en un camarote de ferrocarril o en una estación de autobuses. A fin de cuentas, estas historias ya no son ni de ellos ni mías ni de nadie; son del camino y del mundo. ¿De quién podría ser una historia de viaje? O, como escribió Borges, maravillado «de que las imaginaciones de un hombre sean con el tiempo recuerdos personales de muchos otros».

El título ha sufrido una larga metamorfosis. Primero se llamaba «De ninguna parte», con lo que se quería aludir a la condición imposible de los viajes; como dijo el griego: «se puede cambiar de país, no de alma», no podemos ser otro en otra parte. Luego pasó a titularse «En alguna parte»; más optimista, quizás en un lejano rincón del planeta sí sea posible atisbar esa revelación. En algún momento fue el «Diccionario del viajero heroico». Por fin, un Diccionario es una excelente excusa para seguir contando historias y buscando palabras.

AVENTURA, FLORIDA
ENERO DE 2014

A

Adiós

Niamey, Níger

El adiós es la condición sine qua non del hombre de viajes. El viajero va por el mundo para despedirse. Para él, la vida es un adiós.

África

Libreville, Gabón

¿En el corazón de qué viajero África no es el lugar de la aventura y de los sueños?

Amigo

Boston, Estados Unidos

El de cada noche. ¿Qué es un amigo para una persona que está un día aquí y otro allá? Ciertamente no es el amigo de la infancia o juventud; tampoco el de la universidad donde hace mucho no pisa. Es el de esa noche y para esa noche. Es el que te ayuda a sobrellevar la soledad y nada más. No importa lo que hayas hecho con tu vida, tampoco vale de dónde vienes ni a dónde vas. No importa tu pasado: no lo tienes ni lo tienen. Sin historia, sin familia; livianos y ligeros, cada uno de nosotros corre tras su quimera. Andan en esqui-

nas y bares, y hasta parece que anduvieran en el mundo para encontrarse contigo. Con ellos das vuelta la página para que tus pasos en calles anónimas la llenen de hombres y de mujeres, de señales y de signos. Un amigo en la noche de cada lugar. Como dijo el viajero Jim Cahill: «a journey is best measured in friends rather than in miles¹».

La mayoría de las veces el viajero no encuentra a nadie; es entonces que padece la soledad más despiadada. La minoría de las veces tropieza con otros trotamundos. Rara vez con un aborigen. Te haces amigo del primero que se te cruza.

Rouday Austin nos llevaba a conocer los barrios negros del sur de Boston; con Rick Elepans vagué en los mercados de El Cairo; Klaus Pontvik deambulaba entre los últimos bastiones de uruguayos exiliados en Estocolmo; Simone Titse enseñaba sus rincones favoritos en Salzburgo; Ernest Laszlo Nagy salía a buscar guitarras de segunda mano en los caseríos diseminados a lo ancho del Sahara; el profesor Juan Roselli y George Rodrigues Cavadas recorrían el Mozambique profundo dejando lápices y cuadernos en cuanta aldea les salía al paso; con Luciano Correa Lima y Cristina Ticom rodamos por el nordeste brasileño; con Robert Strong y Nicola Street por las noches de Exeter; Georgeous Apostolatus atravesaba el mundo en bicicleta, lo conocí en el sudeste asiático; Rupert Karma-Samtem me paseó por los alrededores de Darjeeling y Ernesto Aharón por los de Montevideo... Pero me gustaría evocar a muchos otros que estuvieron a mi lado y que ya no tienen nombre, se han extraviado en la bruma del tiempo. Son los que comparten una conversación en una parada de autobús o en un bar. Es el personaje efímero que «toca» la vida del viajero y luego se pierde para siempre. El cruce circunstancial. Así como se rinde tributo al soldado desconocido, que estas páginas sirvan de homenaje al viajero desconocido.

La palabra «siempre» brilla vacía en su maleta. Una tarde, en el lugar menos pensado, encuentras a alguien, pasan las horas, te das cuenta de que estás con un amigo o una amante. Llegla hora del

adiós. Te despidés, mantienes la ilusión de un próximo encuentro. En el mejor de los casos escribirás una o dos cartas.

Amuleto

México D. F., México

El camión con el que vengo cruzando el Sahara ha hecho un alto en el camino. Owen, el chofer, duerme, los guías descansan debajo del viejo Bedford y parlotean en una lengua desconocida, los nativos bromean, un australiano y tres neozelandeses escriben en sus cuadernos. Yo prefiero las dunas y mi armónica. Camino sin rumbo pero sin perder de vista al camión en la inmensidad del desierto; es la brújula que me devolverá a Europa.

De pronto, un acorde de armónica flota en el aire. Una nota sencilla y breve. Mis pensamientos —inmersos en los parajes más lejanos— aterrizan de inmediato en el Sahara. ¿Quién está ahí? Alguien, agazapado entre las dunas, me persigue. ¡Qué extraño! En el Sahara se sabe que no hay un alma en 500 kilómetros a la redonda.

Busco al músico invisible. Con desesperación y con miedo. Subo y bajo elevaciones de arena. El camión se hace cada vez más pequeño: una mancha anaranjada en un mar amarillento y pálido. De repente, vuelve a sonar. ¡El acorde se repite! Solo entonces me doy cuenta de que es el viento el que hace vibrar la armónica en mi mano. Maravillado con el descubrimiento, tiento todas las posiciones posibles. Quiero repetir la respuesta del mundo. Pero es imposible reencontrar la precisa ubicación del instrumento en el aire. Y desde entonces el viento no ha vuelto a soplar mi armónica.

Mientras atravesábamos los deliciosos parques nocturnos de Polanco, en la capital mexicana, conté esta historia a mi primo, el escritor Gabriel Schütz.

—El viajero lleva consigo sus amuletos. No importa el destino, no se desprende de sus talismanes. A mi madre, cuando partía, la acompañaba un libro, también de viajes: la Biblia. A mí, a la hora de empacar, me sigue la armónica. ¿Para qué la llevo si no sé tocar?

—Para que el viento sople —respondió.

Aquí

Fez, Marruecos

Lanzarse hasta donde sea que «eso» se revele. No hay momento en el que el viajero no desee encontrarse «allá». «Allá» no hay nostalgia.

Arrepentimiento

México D. F., México

Alfonso Reyes: «No estoy arrepentido del ancho mundo». Yo tampoco.

Atajo

¿?, Paraguay

El mariscal López navegaba por el río Paraguay y debía alcanzar los altos del río Paraná. Se le ocurrió tomar un «atajo» y cargar los barcos por tierra. A mitad de camino no pudieron continuar y, exhaustos, los dejaron en el desierto que separa los dos ríos. Hoy, en medio de la nada, el polvo y el viento corroen la madera de las embarcaciones. Muy lejos del mar, se ha erigido un cementerio marino. En la región lo llaman: «vapor cué», el vapor que fue.

Autostop

Chuy, Brasil

a Patricia

Comenzar a «hacer dedo» en la rambla y Luis Alberto de Herrera puede no ser el sitio indicado, muy especialmente si lo que se aspira es llegar hasta Florianópolis. Pero a las 6 de la mañana de un 2 de enero, a Patricia y a mí no se nos ocurrió mejor lugar. Con la ingenuidad que dan los 20 años, no estábamos dispuestos siquiera a

subir a un autobús que pudiese dejarnos en algún «punto de largada» más apropiado. Como mis padres vivían en frente, cruzamos la calle y nos lanzamos.

Un camionero se apiadó y nos dejó en la Turisferia, poco después del puente Carrasco, y enseguida otro en Solymar. Allí nos recogió un conductor de Ancap, de quien recibimos valiosos consejos técnicos: «nunca se paren en una elevación, pues al camión le cuesta detenerse y volver a arrancar»; «háganlo en un sitio donde se los pueda ver con anticipación»; «una parejita joven “inspira” al conductor mucho más que un hombre solo»; etc.

A sugerencia de nuestro *coach* nos apeamos después del segundo peaje. No pasaron diez minutos cuando una furgoneta nos dejó en Pan de Azúcar. Con el viento en la cara, miraba las copas de los álamos mecerse como un abanico, a ambos lados de la ruta, recordadas contra un cielo celeste sin nubes. Pensé: «es la bienvenida de la carretera, nada malo podrá sucedernos».

Descendimos en la ruta 10, en el empalme de Castillos. Recién entonces el rigor de la carretera se dio a conocer. Hasta ese momento el autostop había resultado muy fácil; pero ese día la ruta parecía la menos frecuentada del mundo, y la frontera con Brasil, la más lejana. En el cruce había una casilla de la policía caminera cuyo alero permitía protegerse del sol, pero a medida que el mediodía avanzaba, la sombra que arrojaba se hacía más pequeña. Terminamos pegados a la pared para no morir calcinados bajo el sol de enero y con el propósito de usufructuar la milimétrica cuota de sombra.

A las 4 o 5 de la tarde habremos llegado al Chuy y nos instalamos del lado brasileño, en el sitio donde aparcaban los camiones. Nadie nos quería llevar. Cayó la noche cuando vimos a un camionero abandonar su cabina y dirigirse hacia el bar. Debía tener unos 40 años y, a juzgar por sus pasos imprecisos, podía estar medio borracho. Procuré entablar conversación. El diálogo confirmó la presunción alcohólica.

—¿A dónde vas? —pregunté sin saludar. Supuse que el obviar el «buenas noches» daba ínfulas de «hombre duro», acostumbrado a los sinsabores de la carretera. No quería aparentar que era la primera vez.

—Al Mundial de México —respondió en portugués con una carcajada que dejó entrever un par de dientes cariados y oscuros—. ¡Viva Pelé y Garrincha!

—Nosotros también —aseguré con convicción, aunque para el Mundial faltara todavía mucho.

—Entonces suban. ¡A jugar fútbol se ha dicho! —y siguió riendo de buena gana camino al mostrador.

El camión era largo. Transportaba vidrio en enormes cajas de madera sujetadas con cuerdas. Patricia y yo dudamos: la ruta es siempre un riesgo y este conductor no transmitía confianza alguna, mucho menos el aplomo y la seriedad que requieren los sinuosos caminos del Brasil.

—¿Vienen? —preguntó cuando regresaba al camión cinco minutos después.

Ella y yo nos miramos.

—Sí, vamos.

El aire fresco abanicaba los cuerpos sudados, sacudía las melenas y agitaba las telas sucias que envolvían las cajas con vidrio. El movimiento del camión daba la sensación de mover las cajas: si las cuerdas hubiesen cedido habríamos terminado aplastados.

Sin embargo, la noche era perfecta. Nos recostamos boca arriba en el reducido espacio que el cargamento permitía. El viento hizo que el miedo quedase atrás. No sabíamos a dónde íbamos —el chofer solo había dejado saber que iba... al Mundial—, pero eso no importaba.

Cuando despertamos el camión se encontraba parado y el sol rajaba las calles. Levanté la cabeza hacia la cabina de mando, pero las cortinillas corridas no permitían examinar el interior. El chofer seguramente dormía.

—Perdón, señor, ¿podría decirnos dónde estamos? —pregunté desde lo alto del tráiler a un transeúnte.

—Pelotas —respondió y siguió andando.

Mientras barajábamos el paso siguiente apareció el camionero y se presentó:

—Ernestinho —la voz traía la resaca de la noche. A la luz de la mañana su aspecto no era el mejor. Barriga prominente, melena cana y despeinada, el bigote mexicano, también gris, y la cara arrugada. Nos presentó a su novia —Sonia— que viajaba con él en la cabina. Esta apareció con los pelos revueltos pero de una manera juvenil que contrastaba sobremanera con la de Ernestinho. Con el apretado *short* de *jean* y una musculosa blanca, la atractiva Sonia parecía su hija.

—Vamos a desayunar —ordenó.

De ella supimos muy poco. De lo único que hablaba era de carnavales; al parecer él la había recogido durante los ensayos de algún carnaval regional y desde hacía un mes venían juntos. Ernestinho monopolizaba la conversación con sus grandes risotadas. Se encontraba de buen humor.

—Ahora deben esconderse entre las cajas porque la policía ha prohibido los aventones en Río Grande do Sul —explicó a la hora de retomar la marcha cerca del mediodía.

No llevaba prisa. Su lema era el mismo que el de tantos otros camioneros de todo el mundo: «una parada, un trago» (léase *catcha*). Gozaba de gran popularidad en el ambiente, o al menos eso me pareció advertir en los bares donde se detenía: daba un abrazo a algún amigo y de paso se mandaba una (o varias).

Por alguna razón que desconozco se encariñó con nosotros y nos adoptó. Durante los dos días que viajamos arriba del camión, compartimos el modo de vida del conductor, perdido y solitario en las inconmensurables rutas norteñas: saboreamos los banquetes preparados en el rústico parrillero que llevaba, conversamos con otros camioneros en esas paradas que se estiraban como un chicle, bebi-